

Historia y ciencias sociales. Préstamos y reconstrucción de categoría analíticas.

◆ *Carlos Astarita.*

Introducción

La evolución simbiótica entre la historia y otras ciencias sociales suele incluirse entre los más optimistas balances que ofrece la evolución historiográfica. Desde las tentativas invasoras imbuidas por un espíritu despótico, como la pretensión de leer toda la realidad en términos lingüísticos, hasta la más mesurada presencia de disciplinas como la economía política, es un hecho admitido que esta conexión, deliberadamente cultivada, tuvo su desenlace en renovadas investigaciones. Los historiadores están satisfechos sobre esto, y no dudan en auto elogiarse en cada reseña complaciente o en sus regocijos colectivos, los congresos y seminarios.

Sin embargo, un examen ponderado de los resultados, como el que Alain Guerreau realiza sobre la historiografía medieval,¹ puede reducir de manera drástica ese optimismo e indicarnos una extendida zona de matices sombríos que llevarían a ver de una manera no convencional esta marcha en bisagra. Se expresa en un sentido similar Pierre Bourdieu al indicar que

¹ Guerreau, A., 1997. pag. 31-82

◆Centro de Historia Social Europea. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

muchos trabajos de historiadores franceses “caían en lo que Geoges Duby llamó el “etnologismo”, en la medida en que aplicaban modelos o conceptos etnológicos sin preocuparse por sus condiciones de validación, produciendo así, muy frecuentemente, un efecto de deshistorización”.² Agrega que “los historiadores franceses más inclinados a la teoría, a menudo, no hacen más que sustituir una dependencia por otra y sólo logran, en apariencia, emanciparse de teorías o de teóricos ajenos a la disciplina para caer bajo la férula de otras teorías y de otros teóricos”.

Estos diagnósticos inspiran la orientación del presente artículo dedicado a un análisis crítico sobre el empleo de categorías y esquemas teóricos en la investigación histórica. La base de las observaciones está en ciertos núcleos problemáticos, contenidos en escuelas de perdurable influencia, confrontados con experiencias personales de investigación sobre el período medieval y más en general precapitalista.

Cuando volvemos la vista atrás en busca de un referente sobre la situación, no es difícil constatar que las ciencias sociales, y en los últimos años notablemente la antropología, han obtenido un abierto protagonismo en el estudio de las sociedades premodernas. Este centro de la escena se tradujo en una mejor comprensión de comportamientos que pueden resultar extraños para nuestra sensibilidad. Desde los estudios de Marc Bloch sobre los reyes medievales taumaturgos y de Norbert Elias sobre una psicología genética del proceso de interiorización del control social, la antropología ha brindado una gramática para entender la conducta de los sujetos históricos.³ De las dos grandes divisiones que han predominado en la antropología, la que privilegia los análisis en términos de sentido y la que privilegia los análisis en términos de función social,⁴ ha sido probablemente la primera la que obtuvo mayor influencia en nuestra disciplina, y ello se expresó en el estudio del comportamiento social en un sentido plenamente subjetivo (revisión de los valores que impulsan la acción) o bien en un objetivismo muy limitado, reducido a establecer la incidencia social de la acción. La esfera motivacional, como condicionante del comportamiento histórico social, ocupa un lugar relevante en las publicaciones más prestigiosas. Es indudable que ahora se conocen

² Bourdieu, P., 2000. pag. 184 y 193.

³ Bloch, M., 1987. 1era. edic. 1924; Elias, N., 1993, 1ra. edic. 1936.

⁴ Augé, M., 1979. pag. 18-21.

mejor las concepciones que subyacen en el comportamiento y gozamos de un más apropiado entendimiento sobre la racionalidad específica de la actividad premoderna. Por su misma naturaleza, en tanto se concentra en el sentido de la acción, la antropología histórica parece adaptable a una realidad donde la estructura social, como conjunto de nexos subjetivos no reificados por la cosificación (es decir, en situaciones donde las relaciones humanas no se encubren bajo el velo de relaciones entre cosas), impulsa a sublimar la actividad social en términos interpersonales, con lo cual escoger prioritariamente el discurso (verbal o no verbal) como el referente de las prácticas sociales no es fortuito. El resultado es la subjetivización del proceso social.

Los antecedentes de este análisis se encuentran en la tradición hermenéutica alemana en general, y de manera especial, en la vocación de Weber por comprender el significado de las acciones sociales. Desde el momento en que los historiadores privilegiaron este camino para alejarse del anodino enunciado de hechos políticos, la disposición metodológica weberiana por la conducta obtiene una inopinada actualidad, aunque ello apenas se exprese en la conciencia del historiador contemporáneo en la creencia de que todo acaba de llegar como préstamo antropológico. En este trayecto historiográfico, el abandono parcial del estudio de la lógica de funcionamiento de la totalidad fue una consecuencia inevitable, y surgen aquí los costos del monólogo que determinadas ciencias sociales establecieron con la historia.

Insuficiencia de las categorías empleadas para el estudio histórico objetivo.

No obstante el favoritismo que tuvo el estudio del sentido de la acción, el análisis macro procesual no desapareció del horizonte de los investigadores. Dos son los modos en que se abordó el problema. El primero estuvo a cargo de la sociología histórica, que impuso un desafío permanente ya sea por replanteos creativos del nexo entre estructuras sociales y estructuras políticas en el período del Estado Absolutista, ya sea por una visión diacrónico-unitaria del funcionamiento de la “economía mundo” desde el siglo XV, ya por un ensayo estimulante de la transición del feudalismo al capitalismo por distintos balances de fuerzas de clase.⁵ Sin embargo, una vez

⁵ Anderson, P. 1979 ; Wallerstein, I., 1979 a; Brenner, R., 1976 ; 1992.

afirmado el saludable rol de la sociología histórica con sus esquemas de totalidad, es necesario establecer sus insuficiencias en términos del análisis concreto. Su punto inicial, compartido por sus distintas expresiones, establecido por un modelo teórico elemental al que se adapta la realidad observada, conlleva presentar esa realidad a la manera hegeliana, como exteriorización de una racionalidad superior ordenadora, donde la diversidad no es más que una variación formal del patrón analítico base. En este criterio se encierra el secreto de la regularidad sistemática de la exposición, pero la consecuencia es que la investigación se encuentra desplazada por una construcción empírica en su presentación y abstracta en su contenido. Como es perceptible en Wallerstein, el caso histórico se convierte en un atributo de la "economía mundo", adquiriendo la realidad un valor meramente descriptivo como expresión de la idea absoluta que subordina las condiciones específicas de cada lugar a una tipología general centro-periferia. Nada se modifica en este enfoque suplantando la literatura secundaria por el documento (salvo un encuadre más erudito) en tanto la construcción intelectual se erige a partir del modelo y no del objeto. Las categorías analíticas tomadas en préstamo de la sociología o de la economía (mercado, poder, hegemonía, lucha de clases, etc.), no transmutadas por referencia con el fenómeno, establecen aquí su reinado más acabado.

Este tratamiento de la información, como representación de la idea, se opone a los hábitos historiográficos profesionalmente consagrados sobre el fundamento empírico documental del proceso cognitivo. Esta carga factual, que se preserva en los mecanismos de reproducción de la disciplina (la descalificación del teorismo apriorístico es una constante), es tanto una modalidad habilitadora del análisis, que en este marco puede denominarse materialista (el punto de partida no son los conceptos sino la realidad), como una limitación de las audacias interpretativas. El historiador de oficio pretende resguardarse de las introducciones especulativas de lo que resulta, en general, una prudente toma de distancia con respecto a la sociología histórica.

Esa desconfianza hacia el modelo teórico primario ayuda a comprender el segundo modo de abordaje del movimiento estructural. Es el que se fundamenta en la construcción empírica. En este procedimiento, la interpretación es realizada mediante un persuasivo tratamiento factual, hasta que en cierto momento, cuando se considera que se logró una acumulación

suficiente de testimonios (esto es siempre una apreciación muy personal) se pasa a la interpretación. Esta segunda modalidad de estudio del movimiento objetivo se presenta como una inversión de la sociología histórica. Mientras que en esta última se trata de lograr un acercamiento desde el modelo a la realidad, la operación que rige en la historiografía es volcar los datos pragmáticamente obtenidos de un área restringida en un modelo comprensivo o bien configurar la explicación mediante una combinación ecléctica de modelos reconocidos para proporcionar un cuadro unitario. Las categorías aquí no reinan desde el principio. Por el contrario, se mantienen en un disimulado segundo plano detrás del protagonismo factual que rige la exposición de los comportamientos sociales y las cualidades objetivas (un abanico que comprende desde el clima o el condicionamiento geográfico a los movimientos de precios). Si las categorías no reinan, mantienen no obstante su presencia como mediadores encubiertos pero activos durante el transcurso de toda la demostración, y revelan su omnipotencia en el momento de las conclusiones, que reúnen y dan sentido a la maraña de datos constatados. Es normal que cuando el historiador pasa a la elaboración conclusiva (es indiferente su ubicación en el texto) apele francamente a matrices conceptuales obtenidas de ciencias con sólidas tradiciones teóricas para manipular esas matrices en la búsqueda de su concordancia con los datos recogidos. Con este recurso heterodoxo de combinación de categorías diversas, el modelo resultante adquiere la necesaria plasticidad para adaptarse a las informaciones contenidas en el fichero de trabajo.

Ya sea de manera franca o disimulada, la disposición categorial, expuesta en un momento teórico separado del análisis documental o como terminología discreta que recubre toda la representación, revela su carácter de préstamo de otras ciencias sociales. Si en la sociología histórica el carácter externo del modelo con respecto a la realidad se manifiesta desde un principio, en la historia en sentido estricto el modelo parece surgir de la experimentación empírica sin que disminuya ese carácter externo. Como ejemplo de modelo histórico de base empírica puede considerarse el que se estableció para dar cuenta del proceso de los siglos V al XI, y que defiende una continuidad de las estructuras antiguas postulando la llamada revolución feudal del año mil. La tesis de la no variación estructural en el período parece desprenderse del estudio documental, aunque el empleo de categorías analíticas resulta en último término decisivo a la hora de establecer la tipología

de la estructura política, la definición de los productores directos como libres o esclavos, o la causalidad del desarrollo de las fuerzas productivas.⁶

Debe repararse que esta distinción establecida entre sociología histórica e historia tiene un fin ordenador y no puede confundirse con una taxonomía estricta. En realidad, las interferencias metodológicas son innumerables. Es así como el patrón demográfico usual empleado para el análisis del funcionamiento social preburgués en la larga duración comparte una serie de premisas con la sociología histórica, como la prioridad del modelo (en este caso ricardiano malthusiano), aunque su origen estuvo signado por comprobaciones empíricas sobre la evolución de precios y su consumación fue un trabajo de historiadores.⁷

El problema de las categorías

En los diversos análisis, el sistema categorial presenta sus problemas en cuanto profundizamos en su modo de utilización. Consideremos la categoría del valor mercantil, cuya centralidad está mostrada en que sostiene toda construcción interpretativa sobre el funcionamiento de economías preburguesas. Como han indicado los representantes del modelo malthusiano, la extensión de los cultivos hacia tierras marginales produciría el aumento de los costes de producción con la consecuente suba de los precios agrarios. Encontramos en este postulado un empleo acrítico de la teoría del valor trabajo, cuyos supuestos son una serie de condiciones inhallables en las sociedades precapitalistas: ni el trabajo abstracto ni las condiciones institucionales de libre juego de oferta y demanda eran cualidades de las economías agrarias entre los siglos XI y XVIII. La tesis sobre el intercambio desigual entre polos de producción de manufacturas y áreas de economías primarias en períodos precapitalistas comparte el mismo sostén

⁶ Así esta tesis supone una configuración pública similar al estado moderno en la que subyacen concepciones liberales, entiende al productor directo como esclavo a partir del arsenal teórico weberiano / concibe el desarrollo de las fuerzas productivas altomedieval por acción de la economía campesina libre. Estas posiciones están representadas, con variantes, por Durliat, J., 1990 ; Bonnassie, P., 1988 ; Bois, G., 1989 ; Pastor Díaz de Garayo, E., 1996.

⁷ El iniciador del modelo fue Postan, M., 1981. Su versión más elaborada fue también obra de un historiador, Bois, G., 1976.

con el modelo demográfico en la observación estricta del valor trabajo. Las falencias de este tratamiento se comprueban apenas se trasciende el examen de precios para acceder a sus fundamentos subyacentes en las relaciones sociales. En sociedades donde el régimen corporativo segmentaba estrictamente las actividades de artesanos cualificados y campesinos impidiendo que sus trabajos concretos puedan reducirse a una única sustancia, en que los monopolios comerciales anulaban el libre movimiento de las fuerzas de mercado, en que los requerimientos de una demanda suntuaria políticamente motivada interponían un sustrato objetivo para el sobreprecio, y en que, por último, la rigidez de la oferta del oficio corporativo se contraponía a una demanda aristocrática constante, la categoría del valor trabajo encuentra de manera muy imperfecta su contexto de aplicación.⁸ En estas condiciones de empleo acrítico de la tesis clásica del valor, el relevamiento estadístico de precios no es más que la ilustración erudita del error. En estos estudios, las matrices teóricas de la economía política clásica actúan como la base dogmática del análisis. Ya sea que se tomen los intercambios entre la Roma Antigua y su espacio colonial, o las relaciones de trabajo servil en el este europeo generando flujos económicos hacia el occidente en tiempos modernos, los esquemas ricardianos de intercambio entre las manufacturas inglesas y el vino de Portugal reviven en una diversidad de situaciones.⁹ El postulado implícito es estrictamente igual, permutándose sólo la noción de ventajas comparativas por el de desventajas comparativas entre regiones en analistas como Gunder Frank o Wallerstein.¹⁰ El empleo de la categoría mercado como ordenador del movimiento histórico, ligado al esquema de ventajas comparativas y subjetivización de la actividad económica, está basado en un agente abstractamente universal motivado por el beneficio.¹¹ Aun cuando buena parte del estudio antropológico ha descartado esta idea

⁸ Astarita, C., 1992.

⁹ Ricardo, D., 1985, pag.102 y s.

¹⁰ Gunder Frank, A., 1978 a, 1978 b, 1979. Wallerstein, I., 1979 a, 1979 b. Como ha indicado Shaikh, A., 1984, p.3, la hipótesis no explicitada e incluso formalmente criticada que domina en estos análisis es la ley de costos comparativos que ha dominado la comprensión del comercio internacional

¹¹ Esto es expresado muchas veces en este análisis donde un mundo multiestratificado económicamente interdependiente funciona sobre la base de oportunidades de mercado que se abren para los agentes. Como ha señalado Pietranera, G., 1981, pags. 37 y 38, ello es resultado de un pensamiento inscripto en la tradición smithiana desde el momento en que la economía mundial se concibe como una yuxtaposición de economías individuales, obteniéndose así el gran problema de las concepciones liberales: el salto de la lógica de lo privado a la lógica social.

del *homo oeconomicus*,¹² de hecho, el análisis ortodoxo del factor mercado sigue guiando las incursiones histórico interpretativas tanto a gran escala como a nivel regional. La no correspondencia entre el conocimiento adquirido sobre comportamientos sociales preburgueses y la noción de un hombre económico atemporal es aquí una evidencia, mostrándose los caminos paralelos y no conectados entre el estudio antropológico de la conducta y el análisis que emana de la economía política.

La categoría de mercado en su versión moderna es tan invasora que aparece en esferas inesperadas de la investigación, como la que corresponde a los llamados fueros buenos de la Castilla medieval. Historiadores que están eximidos de cualquier sospecha liberal, y ello es expresión de impulsos teóricos inerciales, consideran que las concesiones señoriales han sido un resultado de la lucha por la mano de obra cuyo supuesto debiera ser un hipotético contexto de libre juego de oferta y demanda en el mercado laboral.¹³ Este lugar que ocupa el mercado en el análisis de un ordenamiento político y social jurídico revela un encadenamiento conceptual que se reproduce en otros ámbitos. Así por ejemplo, las preguntas sobre las condiciones que impulsan el trabajo asalariado en la Edad Media, sobre su grado de representatividad o su incidencia en reflejar la rigidez o flexibilidad del llamado mercado laboral,¹⁴ reiteran el criterio ya enunciado. En un cierto punto, toda elaboración *standard* sobre la regularidad del movimiento de las distintas variables económicas en la sociedad feudal (tasa de renta, productividad, costos, precios, salarios) tiene como presupuesto las premisas no criticadas del valor trabajo en su plenitud y del funcionamiento del mercado sin perturbaciones extra económicas.

El empleo de modernas categorías analíticas para resolver la evolución precapitalista puede presentarse mediante un giro subjetivista atribuyendo espíritu empresarial a los agentes sociales. En la construcción historiográfica, enérgicos gerentes de unidades productivas dotados de una singular perspicacia para elegir entre distintas opciones económicas en la búsqueda de la maximización del beneficio, trasladan su movimiento particular al movimiento del sistema. El esquema ha sido aplicado para dar cuenta de la instalación de los *servi* en tierras o para explicar el crecimiento del dominio

¹² Sobre esto los clásicos trabajos de Polanyi, K., 1994. Polanyi, K. Y otros, 1975.

¹³ Pastor, R., 1980, pags. 230 y ss. Martínez Sopena, P., 1985, pags. 198 y 199.

¹⁴ Van der Wee, H., 1995, pags.171 y 178-179.

en tiempos carolingios.¹⁵ La premisa es aquí negar la peculiaridad de sujetos que, en realidad, desconocen la motivación puramente mercantil. En su reemplazo, la tipología abstracta del empresario resuelve con su comportamiento personal la dinámica general objetiva eludiendo la complejidad de determinaciones que constituyen el movimiento social. La figura que Schumpeter expuso en *Business Cycles* puede viajar un milenio en la imaginación creativa del historiador para romper la economía estática. Aflora aquí una inclinación formalista de la antropología económica en la creencia de que los principios de la economía política son aplicables a todas las épocas. En este esquema, el movimiento sistémico ha sido aprisionado por una lógica cuya rigidez se manifiesta con el cambio de las condiciones reales: las turbulencias que surgen con lo que se denomina la crisis del siglo XIV pasan a explicarse, en una muestra de fidelidad al patrón analítico, por la misteriosa metamorfosis del empresario en rentista del suelo. La apelación a una figura activa traduce los problemas intelectivos que emanan del análisis de sociedades en las cuales el fin de la actividad económica, asegurar el consumo, inhibe un crecimiento de fuerzas productivas en sentido intensivo o moderno.¹⁶

Una apreciación similar sugieren otros ámbitos de estudio. Jack Goody ha realizado un valioso intento por proporcionar a la Edad Media un cuadro específico de interpretaciones sobre el parentesco, y ha reemplazado la inmutabilidad del principio estructuralista sobre la prohibición universal del incesto por las estrategias eclesiásticas de reproducción social.¹⁷ En las virtudes del estudio se encuentran sus límites : la estrategia sectorial, es decir, la conducta intencional, sustituye al análisis del sistema como totalidad, cuyo funcionamiento no se corresponde de manera mecánica con las directivas emanadas de un centro de poder. En una consideración más general, la pregunta que establece el problema es acerca de la posibilidad de adoptar sistemas de comprensión elaborados para sociedades donde los vínculos de parentesco son dominantes a realidades donde las relaciones polí-

¹⁵ Sobre la instalación de *servi* por aumento de rentabilidad, Bloch, M., 1975 ; Duby, G., 1973, pag. 62. Sobre el señor como figura empresarial, Postan, M., 1967 ; Toubert, P., 1988.

¹⁶ Este aspecto fue indicado en Sereni, E., 1974, que propone el concepto de reproducción extensiva.

¹⁷ Goody, J., 1986. El esquema estructuralista como ha intentado Ruiz Domenech, J., 1984, no da cuenta de prácticas concretas seguidas por la clase de poder que niegan el cumplimiento del tabú universal del incesto.

ticas y económicas entre clases configuran la articulación social básica, aun cuando el parentesco no haya sido desplazado a un mero lugar de la sobreestructura como en el mundo contemporáneo.¹⁸

El estudio de la acción es insuficiente para resolver la dinámica de un sistema social en la medida en que, entre las acciones volitivas de los sujetos y las consecuencias no intencionadas de las relaciones sociales se establece un abismo imposible de franquear desde la perspectiva del agente particular. Para decirlo con mayor concisión, la lógica del funcionamiento social no se resuelve por la simple sumatoria de acciones individuales, como se observa cuando la calculada actividad de cada mercader orientada hacia la obtención del beneficio no explica la indeseada bancarrota de un régimen comercial. No se discute en esta apreciación que la finalidad de cualquier acción humana configure la subjetividad, aunque de ello no se deduce que ese fin se concrete en el proceso histórico real. Ello es más bien lo excepcional; por norma, el sentido de las acciones sólo imperfectamente concuerdan con la evolución procesual, y es por ello que la finalidad pensada por el individuo existe sólo como realización azarosa en el movimiento del sistema.

Se observa también que en estos ejemplos adquiere un rol básico la preferencia por una variable independiente decisiva para el cuadro de las explicaciones (elegida inevitablemente de forma arbitraria), recurso que perpetúa una larga tradición desde antes que la conexión con otras ramas de las ciencias sociales fuera una deliberada estrategia historiográfica. Así, la concesión beneficiosa de tierras, que para estudiosos tradicionales pudo haberse originado por la falta de moneda para el *stipendium* para la guerra a caballo, o aun por el estribo (en un giro tecnológico de la tesis hípica sobre el nacimiento del feudalismo),¹⁹ es un lejano antecedente de unicidad causal vinculado en este aspecto con la más actual predisposición a hipostasiar la demografía o el mercado.

En definitiva, el avance en bisagra de la historia con otras ciencias sociales, no sólo no resuelve por sí mismo los problemas específicos que emergen del estudio concreto, sino que también puede constituir, con la adopción de categorías inadecuadas, un obstáculo epistemológico. Paradójicamente, el análisis histórico se ve conducido hacia una deshistorización conceptual absoluta.

¹⁸ Esta inadecuación fue señalada por Olivier Carbonell, Ch., 1993, pag. 99. Además, la objeción emana de las investigaciones medievales: en muchas comunidades de base el parentesco no configura el esquema de organización. Sobre la dominancia del parentesco en sociedades precapitalistas, Godelier, M., 1974.

¹⁹ La caracterización en Barbero, A. y Vigil, M., 1978, pag. 160.

La transferencia de categorías no modificadas se extiende hasta el ámbito de los mecanismos de dominación. Los modelos más elaborados sobre los cambios políticos de la Edad Media (pasaje al señorío banal y a la llamada centralización bajo medieval) han subrayado dos aspectos interrelacionados: las necesidades de acumulación del sistema y la lucha de clases señores-campesinos.²⁰ Ambos criterios son un desprendimiento de esquemas específicos de la evolución capitalista, pero de muy cuestionable pertinencia para la Edad Media. Por una parte, los escollos que se interponían a la acumulación señorial con la crisis del siglo XIV fueron superados bajo distintas formaciones políticas concretas no necesariamente centralizadas.²¹ Por otra parte, la lucha de clases entre señores y campesinos adquirió muy pobres y erráticas expresiones como conflicto político abierto, y cuando ello ocurrió, como en el caso de la revolución inglesa de 1381, fue bajo circunstancias cuya excepcionalidad confirman la regla.²² Este último problema impuso explicar la causa de esta débil respuesta de los campesinos ante las exacciones a las que estaban sometidos. Nuevamente las ciencias sociales proveyeron la respuesta con una versión preburguesa del consenso: los campesinos de los sistemas tributarios precapitalistas, ganados por las estrategias hegemónicas de la clase dominante, aceptaban la explotación limitándose a reaccionar ante la alteración del uso y costumbre.²³ En el fundamento de esta argumentación se encuentra la premisa parsoniana, adoptada como axioma del análisis social y representado en el tratamiento teórico general sobre sociedades precapitalistas por Maurice Godelier, acerca que toda dominación duradera presupone el consentimiento activo de los dominados. La única explicación sobre cómo los dominados pueden

²⁰ Estos criterios se observan en las obras de Bonnassie y Anderson.

²¹ Es la explicación de Anderson, examinada con detenimiento en Astarita, C., 1997. En el esquema de Bonnassie, por su parte, la revolución feudal es comprendida por la contradicción entre desarrollo de fuerzas productivas y las relaciones de producción, retomando el esquema de Marx, K., 1974. Acerca de esta contradicción como específica del sistema capitalista, Petruccielli, A., 1998.

²² Hilton, R., 1978 a . Sobre la lucha de clases, Guerreau, A., 1998, pag. 111, ha condenado este parámetro explicativo para la Edad Media con una contundencia difícilmente rebatible : nadie ha podido demostrar en qué ha podido consistir el resorte de cualquier dinámica el antagonismo entre señores versus campesinos ; forman, por el contrario, «la perfecta imagen de un sistema bloqueado». Tomar la lucha de clases como la determinación clave para explicar la dinámica de cualquier período es una constante en la escuela de historiadores marxistas ingleses ; al respecto, Kaye, H. J., 1989.

²³ Es el esquema de Hilton, R., 1988, pag. 13 y s. 1978, pag.14. Esta tesis presenta una fuerte analogía con la universalmente conocida de Scott, J.C., 1976, autor que postula que el campesino acepta la explotación cuando se le permite disponer lo necesario para la subsistencia.

consentir la dominación es que ésta debe presentarse como un servicio que prestan los dominantes (aun en las condiciones de esclavismo), configurándose así la premisa para legitimar el poder.²⁴

Se procede aquí a un traslado de la forma como se presentan las relaciones de explotación en el capitalismo, como relaciones contractuales de intercambio entre propietarios jurídicamente libres, a situaciones precapitalistas donde priman exacciones coactivas, y donde la explotación se consumaba necesariamente con el presupuesto de una propiedad sobre la persona (esclavismo) o del dominio político sobre el productor directo (servidumbre en distintos grados). Una sociedad como la feudal, dividida en estratificaciones políticas y legales, que niegan a los subalternos el acceso al mundo de los privilegios, anula los mecanismos de integración social e impide con ello el consenso como estrategia principal efectiva de la clase dominante.²⁵ Estas situaciones imponen condiciones reales muy distintas de las que se dan en la sociedad moderna y requieren de otro tipo de conceptos. Así por ejemplo, en el feudalismo el problema a resolver es cómo el campesino observa una conducta reproductiva habitual sin consenso y sin militarización de su vida cotidiana. Una vía de resolución es reconocer que un atributo esencial de esta sociedad, la relativa autarquía de sus partes, o sea, su menor interdependencia recíproca, y la consiguiente menor frecuencia del antagonismo social (todas estas propiedades son evaluadas en términos comparativos con el sistema capitalista), impone niveles relativamente bajos de consenso y violencia en el nexo entre clases.²⁶ Ante un cuadro de

²⁴ Godelier, M., 1989, especial. pag.191 y ss. El extremo de que el esclavo colabore con su propia servidumbre es el estímulo de recompensa de la libertad (p.193). Este mismo criterio sobre las condiciones de reproducción del esclavismo están expuestas en Dockès, P., 1984. Debe reconocerse en M. Weber la paternidad de estas concepciones, el primer teórico que no apela a la convencional tipología aristotélica sobre las formas de gobierno e introduce un punto de vista subjetivo, es decir, que parte de la actitud del sujeto legitimante respecto al poder a legitimar, siendo la legitimación la justificación interna de la obediencia. Sobre esto *vid.* Bobbio, N. 1985.

²⁵ Esto remite a cuestionar la existencia de una ideología dominante que llega a todos los estratos sociales. Sobre el particular. Abercrombie, N ; Hill, S. y Turner, B. S., 1987, sobre feudalismo pags. 67 y ss. donde resumen una serie de investigaciones concretas sobre la cuestión. Una muestra de lo difícil que es para el historiador moderno desprenderse de la premisa de integración como requisito del funcionamiento social está en Bloch, M., 1979, obra que gozó desde su aparición (1939-1940) de gran prestigio y realizada bajo la premisa de Durkheim de la cohesión social, lograda en este caso por los lazos de dependencia. Sobre esto, Burke, P., 1996, pag. 31. Sobre la influencia de Durkheim en Bloch, Carole F., 1991.

²⁶ La menor coherencia social en sociedades precapitalistas es una indicación metódica de Lukács, G. 1969, pags. 60 y 61.

conflictividad señor-campesino que no llega a expresarse como combate político abierto, cabe preguntarse si el escenario principal del conflicto no es ocupado por el recurrente enfrentamiento entre distintas esferas de soberanía en competencia por los excedentes; posiblemente en ello se dirima la evolución política medieval.²⁷ Los conflictos entre propietarios y *servi* en el período de tránsito al feudalismo o el surgimiento en la temprana modernidad de luchas de clases desde abajo, para no hablar del antagonismo de clases en el mundo contemporáneo, ponen de relieve la singularidad del conflicto social en la Edad Media.

Otros condicionamientos en el curso de la historiografía.

Se argumentó hasta aquí que los historiadores de sociedades precapitalistas toman de manera no crítica sus instrumentos de análisis de las ciencias sociales. Una parte significativa de la cuestión estriba entonces en detectar qué es lo que se ofrece en cada momento particular en el mercado de disciplinas vecinas, y en este aspecto debe considerarse que la oferta de conceptos que dan forma al trabajo histórico está a su vez condicionada por un circuito de interconexiones. Lo que esto significa se aprecia en la reciente historia de la historia económica.

El análisis en diferentes escenarios y circunstancias del binomio desarrollo-subdesarrollo producido por el comercio, fue tomado del núcleo metódico conceptual suministrado por economistas preocupados por lo que consideraron la no equivalencia del intercambio entre países capitalistas centrales y países productores de materias primas. Con esta inspiración surgió el problema de las desigualdades históricamente configuradas entre países, una preocupación específica de investigadores de las periferias, distanciados de sus colegas “confortable y sólidamente instalados en el centro, es decir, en el área más densamente poblada y rica de Europa que va desde Inglaterra y los Países Bajos hasta Italia del norte”.²⁸ Fue así como durante los años sesenta y setenta, y hasta principios de la década del ochenta, autores como

²⁷ Una situación similar en cuanto a que el antagonismo social básico no se dio como lucha de clases abierta y recurrente se verifica en la sociedad esclavista.

²⁸ Aymard, M. y Bresc, H., 1986, pag. 24.

Wallerstein, Gunder Frank, Braudel, Amin, Aymard, Bresc y otros, con su énfasis en las desventajas comparativas del comercio internacional, representaron una desviación izquierdista de la ortodoxia de mercado.²⁹ Estos historiadores de las periferias fueron a su vez alentados por una base sociopolítica particular. En ese entonces, un heterogéneo público del Tercer Mundo conformado por reformistas moderados, nacionalistas radicales y marxistas, configuró el auditorio de ese discurso que tuvo su momento de esplendor. En el año 1978, uno de los más renombrados organismos de historia económica, el Instituto "F. Datini", dedicaba su convención anual al problema del comercio, el desarrollo y el subdesarrollo.³⁰ Wallerstein fue el verdadero gurú del evento.

Una década más tarde comenzaba a variar la fuente de alimentación de la historia económica. En 1992 se publica la tesis de Stephan Epstein sobre Sicilia de los siglos XIV y XV, y afloran entonces plenamente los conceptos de la economía neoclásica.³¹ Nos enteramos ahora que Sicilia no representaba un área atrasada, con predominio de aristócratas y capital comercial, sino una feliz adaptación a las condiciones imperantes. El campesino medieval constituía un hombre económico con deseos de maximizar sus beneficios, ambición que logra concretar cuando caen los controles institucionales. Sicilia alcanzaba en la Baja Edad Media transformaciones claves, en especial la industria rural a domicilio y una economía regional integrada, no perturbada por obstáculos externos, simplemente porque allí se dieron las condiciones institucionales (la retracción del estado de la actividad económica) para que la teoría neoclásica conociera su primitivo reinado.

Epstein fue un precursor. Las categorías que utilizó en su tesis proliferan ahora en el congreso de historia económica del Instituto "F. Datini" del año 2000: el rol de la moda y del marketing, las economías de escala, la maximización del beneficio, los costos de transacción, los mercados competitivos, la activación de la oferta y la demanda con la introducción de nuevos productos y servicios, o la satisfacción de nuevas necesidades para la

²⁹ Wallerstein, *ob. cit.* Gunder Frank, *op. cit.* Braudel, F., 1984., Amin, S., 1976. Aymard, M., 1978. Bresc, H., 1986.

³⁰ Instituto F. Datini, 1978.

³¹ Fueron iniciadores en realidad North, D.C., y R.P. Thomas, 1970. Sobre el modelo de estos autores discurreó Epstein, S. R., 1992, tesis de doctorado que fue acompañada de muchos artículos publicados en revistas especializadas: *idem*, 1989, 1991, 1993, 1994.

sociedad de consumo, son parámetros aplicados al estudio del mercado de los siglos XIII a XVIII. Encontramos allí ponencias que no dudan en subrayar acriticamente la interrelación entre pasado y presente, como la de Beat Bürgenmeier, cuyo título, "Contribution of the 'New Economy' to the Historical Understanding of Markets", es una verdadera declaración de principios. Epstein participa con la suya acerca de constelaciones políticas y mercados.

Se plantea así una notable correlación entre el discurso dominante en la ciencia económica, la circunstancia política y la situación historiográfica. El mismo arsenal de conceptos que cotidianamente emplean los economistas del *establishment* para justificar el reordenamiento mundial y la expansión de hamburguesas con sabor homogéneo son prolijamente reproducidos por una parte del *establishment* de los historiadores económicos colonizados por la ciencia de la oferta y la demanda.³² Vinculado con esto, el fracaso práctico de la teoría de la dependencia no se expresa en la historiografía en un replanteo del problema sino en su supresión de la agenda de trabajo.³³ Un estudio como el de Wallerstein es considerado ahora, en el seno de una estrategia unívoca de adiestramiento para un mundo global, un mero error de la literatura del mercado.³⁴

Aparece aquí, en forma descarnada, una dimensión que suele eludirse en el artículo académico: el compromiso político determina también la elección conceptual del historiador. No se manifiesta sólo en la manera grotesca de la vieja historiografía soviética con su ritual de invocaciones dogmáticas. Constituye también un aspecto que subyace en las supuestamente refinadas escuelas historiográficas de las democracias liberales.³⁵ El académico no

³² Fine, B., 1997, pags. 143-148, mientras que A. Marshall dejaba afuera la política de la economía política y se orientaba hacia un análisis no social y no histórico, ahora los neoclásicos avanzan hacia otras ciencias sociales proclamando el valor universal de sus principios.

³³ Sobre el fracaso de la teoría de la dependencia, Amin, S., 1986, 1988. Block, K. D., 1989.

³⁴ Una buena parte de los esfuerzos de Epstein se dedican a erradicar las cuestiones que se proponían en el modelo de la dependencia, representado para Sicilia fundamentalmente por Bresc. Esto no supone que la situación historiográfica deba interpretarse como un mero desprendimiento del paradigma dominante. En el mismo período en que el examen braudelino del comercio parecía acercarse a un molde estructural funcionalista, los historiadores marxistas ingleses se interesaban por la lucha de clases en distintos períodos históricos. De la misma manera ahora, aun cuando no se pueden desconocer estos intentos por alcanzar la uniformidad discursiva, la ortodoxia paradigmática es sólo una tendencia: el panorama de la disciplina, evaluado por sus expresiones promedio, sigue siendo multicentrado y mayoritariamente descriptivo con un empleo más ecléctico de las categorías analíticas.

³⁵ Cfr. Dosse, F., 1988.

dirime su orientación solamente por el desarrollo de la racionalidad pura y las tradiciones específicas de escuelas en las que se formó (aspecto decisivo) sino también por un juego de fuerzas, de intervenciones externas, de sugerencias (o más bien presiones) de la atmósfera política, con lo cual no es infrecuente su subordinación a la realidad cultural que lo rodea. Los investigadores ambicionan el reconocimiento mediático, sus centros de estudio necesitan generosos apoyos financieros, y jugar a las visitas académicas o asistir a congresos son atributos de su existencia. Todas estas aspiraciones se ven favorecidas si se viaja en el sentido de la corriente con la indumentaria a la “moda”, un concepto no científico frecuentemente usado para encarrilar las investigaciones.

La reformulación de categorías analíticas

La primera conclusión que surge de estas observaciones es que en gran medida la incorporación sin alteraciones de ciencias sociales al trabajo del especialista de sociedades precapitalistas es una operación teóricamente estéril, incluso paralizante de la elaboración. El historiador debería, en definitiva, construir sus propios instrumentos de análisis que no están, por norma, esperando en la caja de herramientas de una disciplina social. El problema es cómo lograrlo.

El primer paso estriba en medir la inadecuación de las categorías adquiridas confrontándolas con las cualidades del fenómeno que se analiza. Aquí, el único procedimiento es la remisión a la totalidad social para medir la funcionalidad de la categoría, en tanto la falsedad del concepto se revela en su operatividad.³⁶ Cada categoría o versión particular del todo social sólo puede entenderse en su referencia recíproca y como momento de la totalidad. El salario, por ejemplo, no es más que una forma de retribución del trabajo que ha tenido distintas funciones en el desarrollo histórico social, por lo cual se comprende como una parte constitutiva de esa totalidad donde adquiere su significado y donde es a su vez determinado.

Un segundo paso estaría dado por la construcción de nuevas categorías que den cuenta de la realidad histórica en su especificidad permitiendo

³⁶ Este es un punto metodológico central de la teoría marxista desplegado por Lukács, G., 1969, *passim*.

abarcar el conjunto de las determinaciones básicas en su proceso contradictorio autoconstituyente. Para volver al ejemplo ya invocado sobre el funcionamiento del valor mercantil en los intercambios de bienes suntuarios, el carácter abstracto del trabajo, como magnitud única del trabajo social, no ha aparecido plenamente en esas circunstancias (y ello se refleja en la forma imperfecta de la existencia del valor), pero al mismo tiempo, esta determinación no es absoluta en la medida en que está corregida por la presencia embrionaria del trabajo en su forma abstracta general (y sin esta cualidad no sería concebible la apropiación de valor en el proceso de intercambio). Con una inspiración hegeliana, la categoría puede ser considerada como la aprehensión del desarrollo contradictorio del ser y se revela en ello la necesidad de una lógica dialéctica. Si se adopta la categorización como un complejo de propiedades contradictorias muchos malos entendidos serían superados. Cuando E. P. Thompson se negaba a considerar a la clase social como categoría apelando a la descripción sustitutiva de diferentes connotaciones significativas de la existencia social proletaria, en realidad su intento puede ser interpretado como un recurso para eludir la lógica formal que se reduce al establecimiento de relaciones estáticas.³⁷ Nuevamente aquí los atributos del grupo social son tanto sus relaciones sociales de producción como su funcionalidad en la estructura general.

Es posible que el enfoque que aquí se defiende impresione como una pérdida de sistematicidad ante las atractivas proposiciones simplificadas de la sociología histórica. El distanciamiento relativo que en esta última se establece con respecto a las situaciones concretas (en el sentido indicado de que éstas no son el fundamento de la construcción modélica sino su expresión *ex post*, el mero atributo de la idea) determina que la realidad histórico contingente se perciba como una incómoda perturbación que tiende a disolver la construcción típico ideal. Esto es especialmente notorio cuando el investigador se enfrenta con "anomalías" que no se adecúan a la regla. Debería decirse aquí que el análisis histórico propiamente dicho, por el contrario, en la medida en que se afirme en su contenido teórico con una reconstrucción conceptual que implique simultáneamente el conjunto de determinaciones contradictorias en su relación mutua, encuentra su propia coherencia en esa articulación compleja que anula simultáneamente el sen-

³⁷ Thompson, E.P., 1981, 1989.

cillo recurso del esquema. El entramado de atributos resultantes, expresados en una representación discursiva teórica, de ninguna manera debería contemplarse como una simple indeterminación que diluye el pensamiento abstracto en la descripción fenomenológica (fue en muchos aspectos la salida que encontró E. P. Thompson al dilema) sino como la expresión orgánica del proceso social en su complejidad.

El caso bien conocido por los medievalistas españoles sobre los caballeros villanos de los grandes concejos de Castilla ayuda a representarnos estas elaboraciones en un nivel concreto. Este grupo social, que resuelve su forma de existencia en la explotación del trabajo asalariado, que reproduce mediante un dominio jurisdiccional colectivo la potestad del señor superior en el área, y que tiene expresiones subjetivas en correspondencia con el entorno feudal, manifiesta, en la concurrencia de estos rasgos contradictorios, que su delimitación conceptual implica la conjunción de un complejo de determinaciones económicas, políticas y sociales. Se lograría así desterrar la taxonomía fija que alude al caballero villano con una sola cara, ya sea como pequeño propietario independiente (como decía la historiografía tradicional) ya sea como un señor feudal (como han querido corregir los actuales estudiosos del problema).³⁸ Un camino alternativo que no incurra en una u otra de estas fijaciones rígidas e insuficientes para dar cuenta del fenómeno real revela las bondades del concepto de clase estamental (*ständische Klassen*)³⁹ y de remisión a las relaciones sociales dominantes. Para las sociedades precapitalistas, donde las formas jurídicas no son un simple aditamento externo de un contenido económico sino hasta cierto punto la configuración del contenido mismo, el trabajo analítico con el concepto de clase estamental y la perspectiva funcional del grupo en los mecanismos de reproducción social aportan respuestas consistentes a la investigación.

Destaquemos dos aspectos accesorios antes de situar la reconstrucción categorial en la historia de la historiografía. El primero estriba en que la existencia precapitalista de categorías específicamente capitalistas (es decir, de categorías que sólo en el mundo moderno han encontrado su pleno desarrollo) no constituye una modalidad meramente inestable en tránsito hacia su forma plena, sino un contenido específico con dimensión sustantiva. El segundo, que en esta reformulación de categorías de funcionamiento

³⁸ El estado de la cuestión en, Monsalvo Antón, J.M., 1992, pags. 203-243.

³⁹ Kuchembuch, L. y Michael, B., 1986, pags.39-40.

entra en juego la esfera volitiva del agente que se relaciona con la reproducción de su existencia social, hecho que implica que el análisis objetivo no debe incurrir necesariamente en el objetivismo.

El punto de vista del universal, que ya estaba presente en la versión weberiana de las ciencias de la acción, ha sufrido en la actualidad un curioso retroceso. Weber consideraba que la perspectiva organicista era el presupuesto indiscutido de cualquier estudio del sentido de la conducta, no obstante condenarlo a una especie de trabajo preparatorio de lo que consideraba el verdadero análisis sociológico.⁴⁰ El carácter inexcusable de este paso previo se comprende fácilmente con el caso de los reyes taumaturgos medievales que inspiró lo que algunos consideran el primer estudio de antropología histórica. Nada impide que los monarcas que se atribuyeron poderes curativos sean pasibles de un análisis circunscrito al rito milagroso. Pero los límites de la individuación se muestran en que el monarca no se distingue del brujo por la acción en sí misma sino por la naturaleza que adquiere su acto en el ordenamiento social. La fase previa del estudio concreto está dada entonces por la determinación del poder real, o sea, por la resolución de las relaciones sociales que permiten consagrar una autoridad sacralizada cuya acción de tocar las *scrofulae* tendrá una incidencia en el mecanismo de reproducción social muy distinta a la del curandero. No sería necesario apelar a este ejemplo si no fuera porque este supuesto de la analítica weberiana se encuentra hoy cuestionado. Más allá de las publicaciones, este desconocimiento de lo obvio puede traducirse en nuevos programas de estudio que conduzcan hacia un historiador de la cosa en sí, como se intenta ahora en la Universidad de Buenos Aires.

Marx, por su parte, representa un punto de vista sólo tangencialmente similar, ya que se pronuncia más radicalmente por referenciar la categoría con la totalidad, como ha expresado en una proposición cuya engañosa sencillez disimula la dificultad del estudio relacional: un negro es un negro y sólo en determinadas condiciones es un esclavo. Para Marx, la ubicación funcional de la categoría no era la fase previa y preparatoria para resolver en una perspectiva autocentrada el fenómeno en sí, como ha considerado la sociología de la comprensión weberiana. En la metodología marxista, la peculiaridad del fenómeno estriba en la peculiaridad del nexo con la totali-

⁴⁰ Weber, M., 1987, pag. 15.

dad, con lo cual la visión analítica del universal es su misma resolución. El ejemplo del asalariado precapitalista es oportuno para revelar el significado de esta metodología. Pueden denotarse muchas características de esta relación social, como alguna dosis variable de coerción física, la combinación entre pagos monetarios y no monetarios, la concesión de espacios físicos y temporales para el desarrollo de ínfimas economías de subsistencia legitimadas por las comunidades o por el señor. Pero en ninguna de estas cualidades se reconoce el signo distintivo del asalariado premoderno, en la medida en que economías del capitalismo avanzado han reproducido formas mixtas de la reproducción laboral y la coacción directa convivió con leyes de acumulación capitalista. Es por ello que en la metodología marxista, la peculiaridad última que distingue al asalariado precapitalista está dada por su funcionalidad en la producción de valores de consumo, y en esto estriba su esencial diferencia con el asalariado capitalista consagrado a la producción de valores de cambio. Se revela aquí la operatividad de la tradición hegeliano marxista, para la cual la construcción conceptual de la totalidad no es la tarea preliminar del análisis en sí sino la tarea específica de la investigación, y en este sentido, Weber no pasa de la puerta de entrada del verdadero taller de trabajo. Sólo la virulenta deshistorización del estudio social, una orientación cultural en la cual se inscribe la orientación micro analítica sin dimensión procesual, y el correlativo abandono de los "clásicos", permite descubrir la actualidad programática de una noción conceptualmente premarxista.

El proceso cognitivo por abstracciones sucesivas tiene como supuesto el análisis en profundidad de un fenómeno delimitado. Esta perspectiva responde a un criterio de selección del campo cognitivo para desmontar sus mecanismos recónditos de funcionamiento con la convicción aristotélica de que en lo particular se expresa lo universal (*universalia in re*) y éste no existe sin lo particular. Este procedimiento abstractivo se opone frontalmente a la creencia de que la teoría surge por el análisis serial de casos, que implica registrar analogías, clasificar y generalizar. La generalización pasa aquí por teoría y ésta se confunde con la descripción de los rasgos comunes de casos. El punto de llegada no puede ir más allá de las tipologías al estilo de la definición del modo de producción tributario surgido de encuestas sobre caracteres compartidos por distintas sociedades. Encontramos aquí una hipostatización del pensamiento debido al empleo de una abstracción ge-

neral que elimina la especificidad anulando toda pauta diferencial en nombre de lo común. Es por ello necesario oponer a este procedimiento el concepto de abstracción determinada o específica que permita teorizar sobre situaciones concretas. En lenguaje de Hegel, esta dicotomía se expresa como dos formas del universal. Por una parte el “universal abstracto”, al que se llega por inducción abstractiva de los rasgos comunes a los fenómenos estudiados, método que no permite la particularización. Por otra parte, el “universal concreto”, al cual se accede por vía del singular.

Estas disquisiciones están íntimamente comprometidas con cuestiones prácticas de la actividad del historiador que nos trasladan a la distinción básica entre la construcción típico ideal weberiana y el concepto marxista de modo de producción. El primero surge de la extrapolación de los elementos comunes de una serie de sociedades, con lo cual entran a jugar las cualidades que se incluyen en la generalización junto con las que se excluyen, en un grado variable de arbitrariedad juzgada en base a la mera subjetividad del investigador.⁴¹ El resultado de este desarrollo puede verse en el mencionado concepto de modo de producción tributario, establecido por el modo de apropiación del excedente (con independencia de sus formas concretas: tasa, renta o tributo), las relaciones establecidas entre los productores y los medios de producción, y la forma de distribución del excedente.⁴² Con este criterio el feudalismo occidental no sería más que una variante del sistema tributario generalizado en todas las sociedades precapitalistas, con lo cual se dejan de lado las relaciones políticas de concesión de beneficios que determinan las posibilidades de apropiación privada del plustrabajo. En definitiva, el costo de este procedimiento es ignorar las relaciones de propiedad y elementos centrales de la dinámica del sistema. El segundo concepto, el de modo de producción, remite a lo que Marx llamó el círculo de lo concreto-abstracto-concreto. Es éste un universal que contiene toda la riqueza de lo particular; ya no se trata de la argumentación obtenida por reducción de los rasgos comunes sino por la mediación absoluta, por el camino de lo particular a lo general. Este último proceso cognitivo, que requiere de un recurso abstractivo sobre el singular, impone

⁴¹ Esto fue expresado por Heller, H., 1947, «...el tipo ideal de Weber no puede representar al estado como una estructura objetiva de la realidad, sino que por Estado entiende, tan sólo, una síntesis subjetiva mental realizada arbitrariamente por el sujeto de conocimiento» (pag.83)

⁴² Haldon, J. 1993. Esta tesis dio lugar a un importante *dossier* en *Hispania* 200 1998.

la selección del campo de estudio para desmontar los mecanismos recónditos de funcionamiento y de dinámica social (*der Gang der sache selbst*, como dijera Hegel).⁴³ Puede llegarse así a conceptualizar las categorías en su vinculación necesaria, en su recíproca determinación y dependencia, a través de un desarrollo interno sistemático.⁴⁴ Es por ello que ante un proceso extensivo del conocimiento se erige la abstracción como un contraste de tipo intensivo sobre una situación particular cognitivamente abarcable. Esta defensa del estudio del universal por una delimitación del campo, y que aquí se considera como requisito de la construcción conceptual, puede impresionar como una contracorriente que se subleva contra las tendencias más audaces de la historiografía. No es éste de todos modos el punto significativo (las impresiones son del todo secundarias) sino mostrar que estas proposiciones constituyen un camino cuyos réditos están lejos de ser despreciables. Cuando Marx estudió el sistema capitalista, no abordó el capitalismo en distintos países (por otra parte inexistente como tal, es decir como sistema que dominaba el conjunto de la formación social) sino el capitalismo en Inglaterra para desmontar sus mecanismos de funcionamiento, y cualquiera sea la opinión particular que se tenga acerca de sus logros, el estatuto altamente teórico del resultado obtenido queda fuera de discusión.

Este alejamiento de la generalización de casos de ninguna manera debe traducirse como un rechazo del comparativismo sino como un intento de situar su papel en la reconstrucción categorial: el conocimiento por la diferencia esclarece el análisis particular. Así por ejemplo, la modernidad precoz, y en la tendencia histórica bloqueada, de la *mezzadria* toscana es un laboratorio de experimentación luminosa para el investigador de los procesos de transformación económica y social en cualquier espacio de la Baja Edad Media o de la modernidad europea.⁴⁵ Es por ello que el problema de la historia comparada se resuelve si lo apreciamos como una de las herra-

⁴³ Se llega así a una profunda identificación entre el método dialéctico de Hegel y de Marx, hecho señalado por Fraser, I., 1997 : "Both are concerned with the need to analyse forms in society to discover their inner connection. Both recognise that phenomena must be understood not separately or distinct but as contradictions in a unity. Both operate their enquiries with similar abstractions. Hegel's universal concept is Marx's general abstraction. Marx's determinate abstraction is Hegel's concept in its particularity through the manifestation in society of the Will" (pags .95-96). Ver también el esclarecedor estudio de Marcuse, H., 1983. En estas elaboraciones soy deudor de los aportes de Rolando Astarita.

⁴⁴ Luporini, C., 1981, pag. 80 y ss.

⁴⁵ Como trabajos significativos sobre la *mezzadria*, Jones, P.J., 1968. Cherubini, G., 1986. Pinto, G., 1993.

mientas del análisis singular, y en este sentido, el objeto de su práctica no es lograr especialistas de todo (una *contradictio in terminis*) sino conocedores mejor preparados en un campo de estudio delimitado. Resolver una adecuada circulación de los resultados de las investigaciones, y en especial distinguir las producciones teóricamente significativas en la inflación de *papers* que conforman el laberíntico panorama historiográfico, son dos condiciones para que se pueda avanzar en este camino. El conocimiento del desarrollo tendencial en la larga duración del sistema en estudio es otro aspecto relacionado con el conocimiento circunscrito, y aunque presenta ciertas analogías de forma con los problemas prácticos del estudio comparativo, su compromiso con la formulación teórica es, si se quiere, aún más intensa. Un sistema socio económico no se define solamente por sus determinaciones esenciales sino también por la orientación de su movimiento evolutivo en el largo plazo. Es por ello que estas dos perspectivas se interfieren complementándose, como lo muestra el estudio comparado del sistema tributario asiático y feudal europeo, no sólo distintos en sus fundamentos sino también por sus resultados evolutivos. En realidad, el conocimiento en la larga duración braudeliana condiciona la resolución de los problemas históricos bajo examen. Un ejemplo de esto se encuentra en la historia económica. Las distintas concepciones sobre el capitalismo (subjetiva, de mercado o marxista) son inseparables del enfoque con que se encararan las transformaciones bajo medieval y modernas europeas.⁴⁶

Reflexiones finales

La cuestión problemática central que se erige ante la historia como rama del conocimiento social, según se desprende de estas observaciones, y que ahora constituye su principal bloqueo epistemológico, se revela con claridad en una significativa anécdota científica. El profesor H. Levy, investigador matemático de la Universidad de Gottinga antes de la primera guerra mundial, relata sus impresiones cuando Albert Einstein fue allí a hablar en términos abstractos del espacio-tiempo: "Recuerdo haber observado a los

⁴⁶ Así lo entendía Dobb, M. 1975, libro sobre la génesis de la producción de valores de cambio que comenzaba con un clarificador capítulo dedicado a las concepciones sobre el capitalismo

profesores de ingeniería que estaban presentes y que, por supuesto, estaban horrorizados con sus puntos de vista, porque para ellos la realidad estaba constituida por las ruedas de las máquinas, objetos realmente sólidos”.⁴⁷

En verdad, una buena parte de los historiadores de profesión no necesitan que les hable Albert Einstein sobre física teórica para comportarse como los más obstinados a ingenieros de las ciencias sociales.⁴⁸ Sus ruedas, sus objetos sólidos, son los documentos; más allá de los documentos nada existe. Es lo que expresa Bourdieu en *Sociohistórica* : “...la historia en su definición dominante, sigue centrada en el contacto sagrado y sacralizante con los archivos...”, estableciéndose una disposición sumisa y dócil con los datos.⁴⁹

Estas observaciones no permiten ignorar que a las dificultades intelectivas indicadas en el presente artículo se suman otros obstáculos peculiares de la profesión. Se refieren a que mientras en ciencias sociales vecinas la vocación teórica estuvo inscrita en su partida de nacimiento, la historia se enfrenta a la inercia que reproduce los fundamentos empíricos del viejo positivismo. El oficio admitido del historiador ha sido la descripción, que, cuando logra (en raras ocasiones) exponer con destreza la interacción de fenómenos en estudio alcanza una atractiva densidad. En sentido contrario, el arsenal de conceptos engendrados por los historiadores ha sido extremadamente pobre o de hecho inexistente limitándose a un ingenuo trasvase conceptual. El recurso de la abstracción, el único instrumento por el cual puede comprenderse que la forma visible en que se presenta el fenómeno no es la expresión directa de su movimiento real, no sólo está ausente sino incluso bajo sospecha como procedimiento extraño que afecta a la parte más pura e incontaminada de las tradiciones. La teoría es entendida como una exterioridad, como cuestión de prólogos y conclusiones que contextualizan la descripción, y es indicativo de esto la desafortunada expresión “marco teórico”.

Es hora que los historiadores miremos francamente los resultados que obtuvimos de este dominio del empirismo. Debemos reconocer de una vez por todas que buena parte de los más fructíferos desafíos en la historia medieval y moderna no tuvieron su origen en los especialistas profesionalmente entrenados : Dobb y Sweezy fueron economistas ; Brenner y Anderson se inscriben en la sociología histórica. No olvido a historiadores

⁴⁷ En Whitrow, G. J., 1980, pag.71.

⁴⁸ Examiné tres notorios alfabetos teóricos en Astarita, C., 1999.

⁴⁹ Bourdieu, P., 2000, pag. 189.

con pensamiento creativo como Eric Hobsbawm y Pierre Vilar. Pero son excepciones. Es por esto que si bien es necesario tomar distancia de los procedimientos especulativos de la sociología histórica, la mera descripción de hechos, que clausura todo procedimiento abstractivo, se tradujo en una enorme acumulación de datos las más de las veces inconexos. Lo que se hizo por salir de ese anodino empirismo que asfixia es muy modesto. Por una parte, lo que los historiadores consideraron renovaciones radicales de su campo disciplinar fueron muchas veces cambios técnicos, esfuerzos dedicados a "...la modernización formal que cumple la función de desviar la atención hacia lo meramente instrumental, encubriendo la ausencia de un pensamiento teórico propiamente.⁵⁰ Por otra parte está la ilusión teórica: algunos historiadores buscaron soluciones en la "filosofía de los no filósofos" como diría Gramsci, peculiaridad también indicada por Bourdieu; es decir, en filósofos descalificados como tales, que encontraron entre los historiadores, sin cultura filosófica, un público que los reverencia.⁵¹ El resultado no fue, como podía esperarse, un avance teórico sino una mera apropiación terminológica (en el tema del poder: redes, panóptico, etc.) caóticamente repartida en pretensiosos escritos históricos, y un desplazamiento de cuestiones tradicionales básicas.⁵² Se reproduce así la práctica de préstamos aquí analizada.

El recorrido crítico que se hizo en este artículo es, en última instancia, un reflejo de la formación del historiador. Se desprende de esto que la cultura teórica sistemática debería incorporarse definitivamente a su educación académica para ocupar un lugar tan importante como el que actualmente tiene el aprendizaje documentalista.

⁵⁰ Fontana, J, 1982, pag. 201, con referencia a la escuela de los *Annales*. Esto sigue siendo la premisa, ver al respecto, Le Goff, J. 2000.

⁵¹ Bourdieu, P. 2000, pag.191-193.

⁵² Se corre el riesgo de ser severamente descalificado en el gremio si se desconoce el léxico (muchas veces poco estético) de moda. La edición dominical de cultura de *Clarín* permite conocer la jerga. Tengo en mente a Foucault como un señor que logró impresionar a los historiadores y los llevó a permutar un tema clásico y decisivo como el Estado por la indefinida abstracción de un "microfísico" poder que está en todos lados y como tal en ninguno (las redes, la circularidad, etc.) con paralelismos absurdos como el que establece entre la prisión y la fábrica. Sobre esto, Giddens, A., 1997, pag. 287-289.

Bibliografía

Abercrombie, N ; Hill, S. y Turner, B. S., 1987. *La tesis de la ideología dominante*, trad. esp. Madrid.

Amin, S. 1988. "Iguales metas; distintos destinos. Cinco intentos de modernización: Japón, China México, Turquía, Egipto", trad. esp., en: *Nueva Sociedad*, 96.

Amin, S., 1976. *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales*, trad. esp. Barcelona. Amin, S.; 1986, "¿Socialismos particulares o nacionalismo burgués? A treinta años de Bandung", trad. esp., en: *Nueva Sociedad*, 86.

Anderson, P., 1979. *El Estado Absolutista*, trad. esp. Madrid;

Astarita, C., 1992. *Desarrollo desigual en los orígenes del capitalismo*, Buenos Aires.

Astarita, C., 1997. "El estado feudal centralizado. Una revisión de la tesis de Perry Anderson a la luz del caso castellano, en: *Anales Hist. Ant. y Med.* 30.

Astarita, C., 1999. "La insoportable levedad de la lectura", *Hispania*, 202.

Augé, M., 1979. *Symbole, fonction, histoire. Les interrogations d'anthropologie*, lugar Hachette.

Aymard, M., 1978. "La transizione dal feudalesimo al capitalismo", en *Storia d'Italia. Dal feudalesimo al capitalismo*, Torino.

Aymard, M. y Bresc, H., 1986, "Dependencia y desarrollo: Sicilia e Italia del sur (s. XI-XVIII)", en Pérez Picazo, M.T.; Lemeunier, G. y Segura, P. (eds.), 1986. *Desigualdad y dependencia. La periferización del Mediterráneo occidental (siglos XII-XIX)*, Murcia.

Barbero, A. y Vigil, M., 1978. *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona.

Block, K. D., 1989. "Karl Marx' politökonomische Analyse der Austauschprozesse auf dem kapitalistischen Weltmarkt und der Konsequenzen für schwach entwickelte Länder", *Asien, Afrika, Lateinamerika*, 1.

Bloch, M., 1979. *La sociedad feudal*, 2 vols., México,

Bloch, M., 1975, "Cómo y por qué terminó la esclavitud antigua", trad. esp. en AAVV, en: *La transición del esclavismo al feudalismo*, Madrid,

Bloch, M., 1987. *Les Rois thaumaturges*, París.

- Bobbio, N. 1985. *Estudios de historia de la filosofía. De Hobbes a Gramsci*, trad. esp. Madrid,
- Bois, G., 1976. *Crise du féodalisme*, París.
- Bois, G., 1989. *La mutation de l'an mil: Lournand, village mâconnais, de l'antiquité au féodalisme*, París,
- Bonnassie, P., 1988. *Cataluña mil años atrás. (Siglos X-XI)*, trad. esp. Barcelona,
- Bourdieu, P., 2000. "Acercas de las relaciones entre la sociología y la historia en Alemania y en Francia". Conversación con Lutz Raphael. Traducción de A. N. Barletta, *Sociohistórica. Cuad. del CISH*, 7, La Plata, Ediciones Al Margen.
- Braudel, F., 1984. *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, vol. 2, *Los juegos del intercambio*, trad. esp. Madrid.
- Brenner, R. 1992. "The Agrarian Roots of European Capitalism", *Past and Present* 97.
- Brenner, R., 1976. "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe", *Past and Present* 70.
- Bresc, H., 1986. *Un monde méditerranéen. Economie et société en Sicilie. 1300-1450*, Roma.
- Burke, P., 1996. *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales : 1929-1989*, Barcelona.
- Carole F., 1991. *Marc Bloch: a life in history*, Cambridge.
- Cherubini, G., 1986. *Signori contadini borghesi. Ricerche sulla società italiana del basso medioevo*, Firenze.
- Dobb, M. 1975. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, trad. esp. Buenos Aires.
- Dockès, P., 1984. *La liberación medieval*, trad. esp. Madrid.
- Dosse, F. 1988. *La historia en migajas*, trad. esp. Valencia.
- Duby, G., 1973. *Economía rural y vida campesina en el occidente medieval*, trad. esp. Barcelona.
- Durliat, J., 1990. *Les finances publiques de Diocletien aux Carolingiens (284-889)*, Sigmaringen.
- Elias, N., 1993. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y Psicogenéticas*, trad. esp. Buenos Aires, 1ra. edic. 1936.
- Epstein, S. R. 1989. "The textile industry and the foreign cloth trade in late medieval Sicily (1300-1500): a colonial relationship?", en: *Jour. Med. Hist.*, 15.

Epstein, S. R. 1991. "Cities, regions and the late medieval crisis: Sicily and Tuscany compared", *Past & Present* 130.

Epstein, S. R. 1993. "Town and country: economy and institutions in late medieval Italy", *Econ. Hist. Rev.*, 2nd. ser., XLVI.

Epstein, S. R. 1994. "Regional fairs, institutional innovation and economic growth in late medieval Europe", *Econ. Hist. Rev.*, 2nd. ser. XLVII.

Epstein, S. R., 1992. *An Island for Itself. Economic and Social Change in Late Medieval Sicily*, Cambridge.

Fine, B., 1997. "The New Revolution in Economics", en: *Capital & Class*, 61.

Fontana, J, 1982. *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona.

Fraser, I., 1997, "Two of a Kind: Hegel, Marx, Dialectic and Form, *Capital & Class*, 61.

Giddens, A., 1997. "Foucault, Nietzsche y Marx", en *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*, trad. esp. Barcelona.

Godelier, M. 1974. *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, trad. esp. Madrid.

Godelier, M., 1989. *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*, trad. esp. Madrid.

Goody, J., 1986. *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, trad. esp. Barcelona .

Guerreau, A. 1997. "L'étude de l'économie médiévale. Genèse et problèmes actuelles", en: *Le Moyen Age Aujourd'hui. Trois regards contemporains sur le Moyen Age: histoire théologie, cinéma*, Actes de la Recontre de Cerisy-la-Salle (julio 1991), París.

Guerreau, A., 1998. "El concepto de feudalismo : génesis, evolución y significación actual", en: Estepa, C. y Plácido, D. (coordinadores), *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, Madrid.

Gunder Frank, A. 1978 a. *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, trad. esp. México.

Gunder Frank, A. 1978 b. *Crítica y anticrítica. Ensayo sobre la dependencia y el reformismo*, trad. esp. Madrid.

Gunder Frank, A. 1979. *La acumulación mundial (1492-1789)*, trad. esp. Madrid.

Haldon, J. 1993. *The State and the Tributary Mode of Production*, Londres - Nueva York.

Heller, H., 1947. *Teoría del Estado*, trad. esp. México.

Hilton, R., 1978 a. *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, trad. esp. Madrid.

Hilton, R., 1978 b. *The English Peasantry in the Later Middle Ages*, Oxford.

Hilton, R., 1988. "Campesinos medievales: ¿Alguna enseñanza?", en: *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*, trad. esp. Barcelona.

Instituto F. Datini, 1978. *Sviluppo e sottosviluppo in Europa e fuori d'Europa dal secolo XIII alla rivoluzione industriale*, Prato.

Jones, P.J. 1968. "From Manor to Mezzadria: A Tuscan case-study in the Medieval Origins of Modern Agrarian Society", en: Rubinstein, N., *Florentine Studies. Politics and Society in Renaissance Florence*, Londres. .

Kaye, H. J., 1989. *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, trad. esp. Zaragoza.

Kuchembuch, L. y Michael, B., 1986. "Estructura y dinámica del modo de producción "feudal" en la Europa preindustrial", *Studia Historica. Hist. Med.*, vol.IV, 2.

Le Goff, J. 2000. "Cari storici, ora costruiamo l'avvenire", en *Corriere della Sera*, 23 de octubre.

Lukács, 1969. *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, trad. esp. México.

Luporini, C. 1981. "Crítica de la política y crítica de la economía política de Marx", en Marramao y otros. *Teoría marxista de la política*, trad. esp. México.

Marcuse, H., 1983. *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*, trad. esp. Madrid.

Martínez Sopena, P. 1985. *La Tierra de Campos Occidental. Poblamiento, poder y comunidad del siglo X al XV*, Valladolid.

Marx, K., 1974, *Contribución a la crítica de la Economía Política*, trad. esp. Buenos Aires.

Monsalvo Antón, J. M., 1992., "Concejos castellano-leoneses y feudalismo (siglos XI-XIII). Reflexiones para un estado de la cuestión", *Studia Historica. Hist. Med.*, vol. X.

North, D.C., y R.P. Thomas, 1970. "An Economic Theory of the Growth of the Western World", *Econ. Hist. Rev.*, 2d. series, vol. XXIII, N° 1.

Oivier Carbonell, Ch., 1993. "Antropología, etnología e historia: la tercera generación en Francia", en Gallego, J. A., *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia*, Madrid.

Pastor Díaz de Garayo, E., 1996. *Castilla en el tránsito de la Antigüedad al feudalismo. Poblamiento, poder político y estructura social del Arlanza al Duero (siglos VII-XII)*, Junta de Castilla y León.

Pastor, R., 1980. *Resistencias y luchas campesinas en la época de crecimiento y consolidación de la formación feudal. Castilla y León, siglos X-XIII*, Madrid.

Petrucelli, A., 1988. *Ensayo sobre la teoría marxista de la historia*, Buenos Aires.

Pietranera, G., 1981. "La estructura lógica de El Capital", en Dobb, M. et al, *Estudios sobre El Capital*, trad. esp. México.

Pinto, G., 1993. *Toscana medievale. Paesaggi e realtà sociali*, Firenze.

Polanyi, K., 1994. *El sustento del hombre*, trad. esp. Barcelona.

Polanyi, K. et al., 1975. *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, trad. esp. Barcelona.

Postan, M., 1967. "Investment in medieval agriculture", *Jour. Econ. Hist.* XXVII, 4.

Postan, M., 1981. "Los fundamentos económicos de la sociedad medieval", en *Ensayos sobre agricultura y problemas generales de la economía medieval*, trad. esp. Madrid.

Ricardo, D., 1985. *Principios de economía política y tributación*, trad. esp. México.

Ruiz Domenec, J., 1984. "Sistema de parentesco y teoría de la alianza en la sociedad catalana (c.100-c.1240)", en A. Firpo (ed.), *Amor. Familia. Sexualidad.*, Barcelona.

Scott, J.C., 1976. *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, Yale.

Sereni, E., 1974. "Los problemas teóricos y metodológicos", en AAVV, *Agricultura y desarrollo del capitalismo*, trad. esp. Madrid.

Shaikh, A., 1984. "Sobre las leyes del intercambio desigual", *Críticas de la economía política. Edición latinoamericana 10. El intercambio desigual*, México

Thompson, E. P. 1981. *Miseria de la teoría*, trad. esp. Barcelona.

Thompson, E. P. 1989. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, (2 vols.) trad. esp. Barcelona.

Toubert, P., 1988. "La part du grand domaine dans le décollage économique de l' Occident (VIIIe-Xe siècles)", en *La croissance agricole du Haut Moyen Age*, Flaran 10.

Van der Wee, H., 1995. "Postwar Research on the Social and Economic History of Medieval Europe: Some Remarks on its Results and on its Potential for the Future", en J. Hamesse (ed.), *Bilan et perspectives des études médiévales en Europe. Actes du Premier Congrès Européen d'Études Médiévales (Spoleto 27-29 may. 1993). Textes et études du Moyen Age*, 3, Louvain-Neuve.

Wallerstein, I., 1979 a. *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía mundo en el siglo XVI*, trad. esp. México.

Wallerstein, I.. 1979 b. *The capitalist world economy*, Cambridge.

Weber, M., 1987. *Economía y sociedad*, trad. esp. México.

Whitrow, G. J., 1980. *Einstein. El hombre y su obra*, trad. esp. México.